

El Castillo Maldito

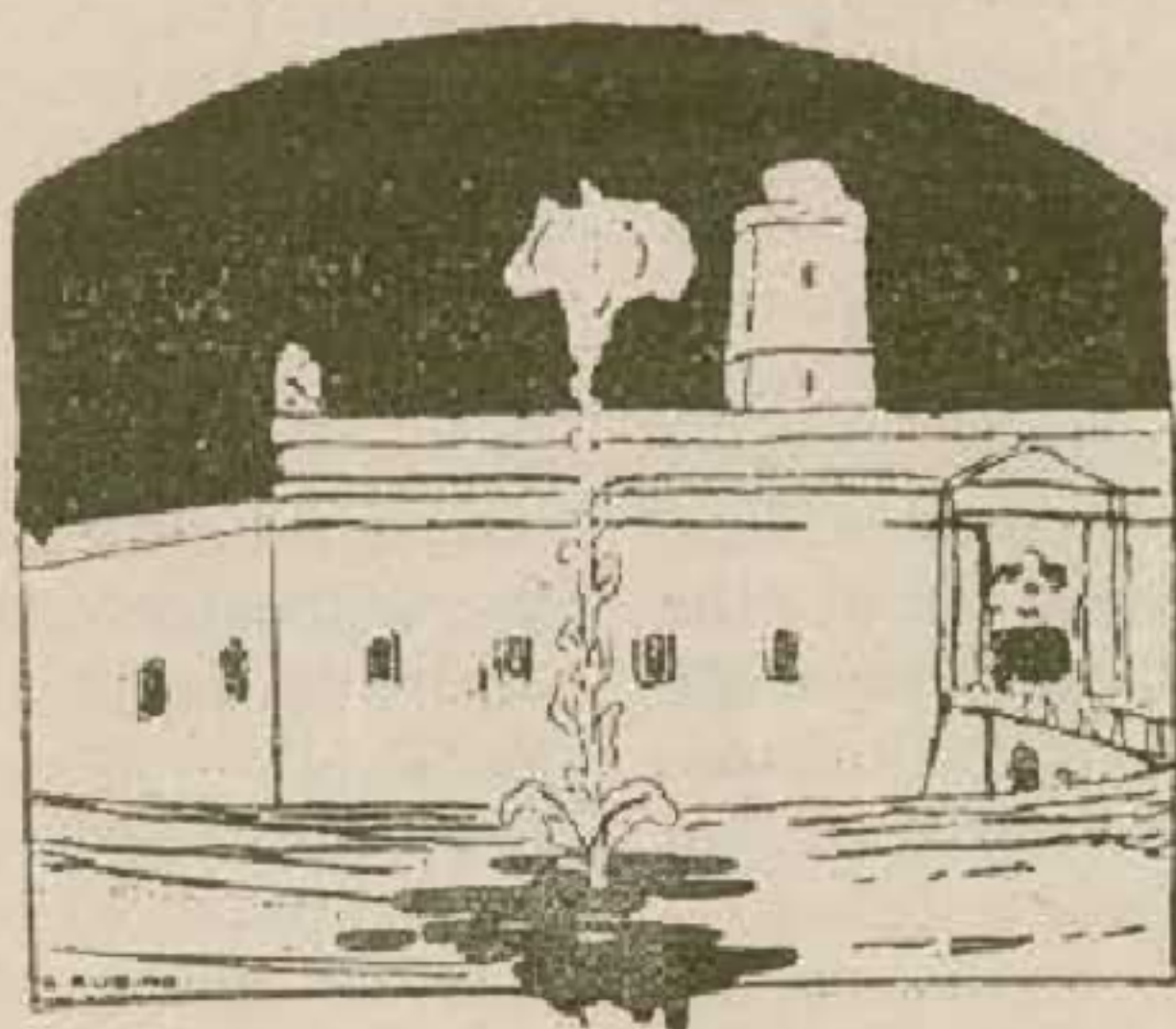
La hermosa, liberal y culta Barcelona soporta como una fea mancha, como la marca vil del esclavo, la sombra del castillo maldito: no quiero escribir ni pronunciar su odioso nombre.

El panorama que presenta la ciudad y su llano, visto desde la cumbre del Tibidabo ó desde la cubierta de un barco al acercarse á su puerto, es de aquellos que más agradablemente impresionan: recostada á la falda de las montañas que se extienden desde San Pe-



Alfonso ante el espectro de las víctimas de Montjuich

dro Mártir á Moncada; encuadrada entre las risueñas riberas del Llobregat y del Besós; plácidamente extendida por una llanura inundada de esplendente luz matizada por los múltiples reflejos del Mediterráneo; sembrada toda su jurisdicción por un bosque de chimeneas que acreditan la extensión de sus iniciativas y su poder industrial; confundido su moderno ensanche con los antiguos suburbios, hasta el punto de no verse solución de continuidad entre el núcleo de su población, las fábricas, los almacenes, las bellísimas casas de recreo, sus



LA BASTILLA ESPAÑOLA EN BARCELONA, cuya demolición ocurrirá muy pronto, al son de la nueva marsellesa del proletariado español

jardines de vegetación exuberante y los depósitos, talleres y estaciones de los ferrocarriles que la ponen en comunicación con todo el continente; lleno su espacioso puerto de los numerosos barcos que, ostentando las banderas de todas las naciones, efectúan el cambio de los productos de su trabajo con los del mundo entero; todo en ella es bello, armónico, encantador... si no fuera por aquel maldito castillo que mutila el horizonte y

parece puesto allí para recordar que durante el reinado de la autoridad y del privilegio, infame pareja que aun domina el mundo, no puede haber felicidad ni alegría completas, aunque para dar realidad á las aficiones místico-poéticas del Génesis se uniesen en dichosa conjunción la espontaneidad de la naturaleza y la virtud y la sabiduría de los hombres.

Tiene y ha tenido Barcelona, y lo acredita la Historia, vitalidad sobrada para dar un contingente de los más brillantes á las ciencias, á las artes y á la industria; pero ahí está para atrofiarla ese maldito

